



MOVIMIENTO OBRERO LOCAL

COMENTARIOS SOBRE ORGANIZACION

El día 19 del pasado mes fuimos nombrados algunos compañeros en comisión para representar a la UNIÓN DE EMPLEADOS DE RESTAURANTS ante la Asamblea que ese día celebraba la UNIÓN DE EMPLEADOS Y OBREROS DE LA COMPAÑIA DE TRANVIAS DE MÉXICO, S. A.

Al terminar una asamblea que celebró nuestra Unión, salimos los nombrados al fin dicho a cumplir con nuestro cometido y con la esperanza de que íbamos a escuchar discursos llenos de argumentaciones libertarias y dichos con esa fogosidad propia de compañeros llenos de entusiasmo y fe, que laboran porque sus camaradas de trabajo despierten del letargo en que por tantos años los tuvo sumidos la burguesía y su cómplice el tirano gobernante.

Al llegar al punto de la cita, —«Academia Metropolitana»— experimentamos una sorpresa: un compañero de otro sindicato nos manifestó que no permitían la entrada, cosa que fue para nosotros extraño; pero, como llevábamos una misión que cumplir, no nos quedó más remedio que entrar a través de la multitud que se apiñaba en la puerta, cual si fuera aquello una plaza de toros o el pórtico de un teatro que estrenaba.

Después de pasar mil fatigas, llegamos a una puerta, donde estaban apostados algunos guardianes del orden público. A la presentación de la credencial que nos acreditaba como comisionados de nuestra Unión, se nos exigió que sólo uno de nosotros para ir justificando, según entraban, a los que componían dicha comisión. ¡Yo no podía salir de mi asombro! A cada paso que dábamos era mayor mi sorpresa.

Al penetrar al salón recibí una nueva impresión, no por cierto satisfactoria: a nuestra vista surgió una banda militar lo que a mi modo de pensar es contrario al acto que se efectuaba.

Era tanta la escrupulosidad de los *compañeros porteros*, que pude observar que sólo se permitía la entrada a los obreros que presentaban cierto papel o contraseña.

—Compañero, ¿a qué se debe este proceder?— pregunté a alguno; y nadie me supo contestar, pues era un misterio que sólo *ciertos* unionistas de los Tranvías sabían.

A los pocos momentos de haber penetrado al salón, y después de haber sido obsequiada la concurrencia, por la banda, con una pieza que fue aplaudida, quedó abierta la sesión, y se designó sólo por esa junta, —palabras textuales del secretario general— el compañero que había de fungir de *presidente* de los debates.

Hecha la elección de presidente —no director— y ocupado que hubo su puesto, el secretario manifestó que el gerente de la Compañía había sido invitado a presenciar dicha junta, y que una comisión nombrada al efecto había ido por dicho señor a su domicilio.

A los pocos momentos se presentó el gerente, acompañado de varios compañeros, y fue recibido con algunos aplausos. El por qué aplaudieron no lo sé.

Apenas terminaron los aplausos tributados al gerente, nuevos aplausos se dejaron escuchar; pero esta vez más numerosos y efusivos que la vez anterior: eran, al parecer, una verdadera manifestación de cariño a un hermano que en aquellos momentos se presentaba.

El secretario dió lectura al acta de la sesión anterior y, después de aclarar ciertos puntos sobre los acontecimientos de la última junta, se leyó una carta de un compañero que fue atropellado por un carro y el que —según el perjudicado— había sido abandonado por el médico de la empresa, por no ser especialista en la curación de ninguno de los órganos que sufrieron lesión a causa de los golpes.

El secretario informó que el quejoso, al sufrir el percance, había perdido los sentidos del olfato, del gusto y del oído. Verdaderamente se puede conceptuar, al que le falten estos tres sentidos, como un cadáver.

La operación era necesaria, desde luego, para poder salvar a este compañero, que, careciendo de recursos, pedía un préstamo. Las gestiones hechas por el Consejo Administrativo de la Unión, fueron para que el señor gerente regalara a esta víctima del trabajo cien pesos y le hiciera un préstamo de cincuenta, que tendrá que abonar por semanas.

Lo que han dejado demostrado los unionistas de los tranvías es que no existe tal Unión entre ellos ni han dado pruebas de solidaridad en este caso ni en otros, según verá el lector.

Se dió luego lectura a varias suscripciones hechas a favor de compañeros fallecidos. Y lo más triste es que la mayor cantidad colectada ascendió a \$18.50. Pero no es de extrañar nada de quienes no han sabido exigir virilmente, de la empresa que los explota, la cura completa del hermano atropellado en momentos del trabajo. ¡Y que permitan la dádiva del jefe!

El discurso del gerente hizo época: al otro día de la asamblea, dicha *pieza oratoria* corría de mano en mano: sus conceptos son los del hombre pensador, aunque siempre deseando al capital su *tantito* por ciento, para que éste pueda vivir en la holganza, mientras el obrero se muere de necesidad.

En la asamblea en cuestión quiso hablar un compañero libertario y, al pedir la palabra, tuvo a bien el secretario preguntar si era unionista; el compañero contestó que sólo era un propagandista de las ideas modernas. Pero le fué concedida